

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.



INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Mujeres célebres de la antigüedad.

La envidia de nuestro sexo intenta desvirtuar los casos sin cuenta que la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos presenta del mérito de tantas mujeres, alegando que son una excepcion de regla. Si las Amazonas y las Espartanas no destruyesen su aserto, las Argivas y Focenses les impondrian silencio en el particular de que mas blasonan. Eduquen á la mujer como á sí mismos se educan, y si en igualdad de circunstancias no corresponde, á pesar de su distinta organizacion y condiciones, á lo que debe aguardarse de la misma, entonces, y solo entonces, tendríamos derecho á decir que las mujeres que descuellan en tal ó cual ramo del saber, en valor ó en hechos grandes, son fenómenos de su sexo. Mientras tanto abrigáremos la conviccion de que tan dispuestas

como nosotros para ciertos conocimientos, son mas susceptibles de todo lo grande y de todo lo sublime por su delicada imaginacion, por su exaltacion ardiente.

Breves serán los ejemplos que hoy ofreceremos de los supuestos fenómenos, cuyo número infinito destruye de suyo la suposicion. Si se trata de la grandeza de su alma, ahí está Arquileonida, esa famosa lacedemonia, cuya respuesta á los que elogiaban el valor de su hijo, muerto en un combate, ha celebrado tanto la historia. — «Gracias á los dioses, dijo, aun quedan en Esparta otros mas valientes que mi hijo:» ahí Arria, ilustre romana, notable por su pasion á su marido, y mas aun por el valor con que murió; pero es tan elevado y tan digno su fin que merece reseñarse. Peto, su esposo, partidario de Escriboniano, sublevado contra el emperador Claudio, fué preso y embarcado para Roma. En vano rogó Arria ocupar el lugar de un esclavo, que no se le podia negar por su categoría. Sin dejarse dominar por la desesperacion, siguió sola en un esquife desde la Esclavonia. Allí, y en presencia de Claudio, reprendió ágramente á la mujer de Escriboniano, porque aun

Tomo I.

conservaba la vida habiendo visto morir á su marido. Condenado Peto á muerte, y sin medio de salvarle, instóle su mujer á que se suicidase; mas viéndole sin resolución para ello, dióle ejemplo, y clavándose el puñal que le presentaba, *Así, Peto, le dijo*: y sacándosele se le ofreció tranquila, añadiendo: *Toma, Peto, esto no hace mal*, y el romano se dió la muerte.

Nuestra religion reprueba justamente el suicidio, pero téngase en cuenta que no le reprobaba el paganismo. Remontándonos, pues, á las antiguas épocas, que despojan al hecho referido de toda falta, no tendrá límites nuestro asombro al contemplar el valor inmenso de esa mujer, su entereza, su amor á la honra de su esposo, y su heroico sacrificio.

Si se trata de un amor conyugal que no requiera tanta fiereza y dignidad, ahí está la esposa de Mausolo, que dió sér con su dolor á una palabra. A la muerte de su marido, aborrecido y aborrecible por su carácter fiero, la reina de Halicarnaso, Artemisa, le erigió un sepulcro tan magnífico, que se tuvo por la tercer maravilla del mundo, derivándose de aquí la denominacion de Mausoleo, que se da á los monumentos fúnebres de importancia. Y se dice que consumió las cenizas de su marido quemando una parte con sus aromas, y mezclando las demas con sus bebidas. Lo cierto es, que minada por el dolor su existencia, murió en el mismo Mausoleo 353 años antes de Jesucristo.

Y si por último, se requieren pruebas de un talento consumado, y de asíduos y profundos estudios, otro ejemplo presentaremos hoy de la antigüedad.

Aspasia, natural de Mileto, en la Jo-

nía, fué tan célebre por su instruccion como por su belleza. Estudió en Atenas, y su casa llegó bien pronto á ser el punto de reunion de los hombres mas distinguidos de la Grecia. Allí se discutian los puntos mas interesantes de la filosofia, de la literatura y de la política: el mismo Sócrates iba á escuchar sus lecciones, y Alcibiades y Pericles eran de los concurrentes mas asíduos. Amiga de todo lo grande, noble y bello, contribuyó con todo su poder á inspirar á los atenienses el gusto por las artes; y por su elocuencia, su amabilidad, y su claro ingenio, merecia los respetos que la tributaban los filósofos, los guerreros, y los hombres mas distinguidos de la Grecia. Esposa del insigne Pericles, é influyente como tal en los negocios del Estado, dividido entonces en bandos, envidiada ademas por su hermosura y valor, fué víctima de los venenosos tiros de la calumnia, y acusada por el partido contrario á su esposo de no creer en los efectos divinos de los fenómenos celestes y atmosféricos, ni dar crédito á la mitología griega. Esta mujer ilustrada se habia adelantado unos cuantos siglos á despreciar los delirios mitológicos, como nosotros hace ya algunos que los despreciamos. Era sin embargo punto de religion, y el Areópago, que no transigia en asuntos de esta especie, se hallaba poco dispuesto á absolverla. La defensa elocuente de su esposo no bastó á poner de su parte á los inflexibles jueces: Aspasia sabia lo terrible de las penas con que los areopajitas castigaban la impiedad; y por una debilidad muy propia de su sexo, prorrumpió en llanto. Pericles sabia por experiencia todo el poder que el hermoso semblante de Aspasia ejercia en el

momento de verter lágrimas, y recurrió en tal conflicto á un lenguaje de accion para conmovier á los jueces. Levantó el velo con que su esposa estaba cubierta, y el Areópago la salvó.

Atenas debió al génio singular de esta mujer el rápido progreso que hicieron en su tiempo las ciencias y las artes; y si nuestra era no hubiese cerrado las puertas del saber á esa hermosa mitad del género humano, otro sería el estado de unas y otras, y mayor que el de las antiguas el número de las mujeres modernas que ilustrasen á la humanidad con sus luces, y la empujasen hácia la perfeccion, en cuya digna empresa no debiéramos desdeñar sus esfuerzos.

A. Pirala.

LITERATURA.

LA ACACIA Y LA MARIPOSA.

A ELISA.

Voy á contarte la historia
De una desdichada flor:
Consérvala en la memoria,
Y conseguirás victoria
En muchos lances de amor.

A la orilla de una fuente
Cristalina y bullidora,
Se alzaba tímidamente,
Perfumes dando al ambiente,
Una acacia seductora.

Y es fama que sus colores
Y belleza se aumentaban,
Y que las cercanas flores,
Con muy fundados temores,
Inquietas la contemplaban.

Pues siempre hermanas han sido
Las flores de las hermosas,
Y cual estas han sufrido,
Si humilladas se han creído
Por rivales poderosas.

Es el caso, bella Elisa,
Que un día de Primavera
Al pasar por la pradera,
Besó su cáliz la brisa
Diciéndola lisongera.

«Eres mas fresca y hermosa
Que tus vecinas, acacia;
Envidia tu tez la rosa;
Tu olor la dalia lujosa,
Y la camelia tu gracia.

Aumenta su lozania
Por agradarte el clavel,
Y del seno de ambrosia,
Dulce suspiro te envia
El jazmin tímido y fiel.»

Como la casta doncella
Siente una nueva emocion
Si oye que es amada y bella,
Conmovió á la acacia aquella
Tan grata revelacion.

Pero un tanto desdeñosa,
Trató de disimular
Su turbacion, pudorosa,
Mientras una mariposa
Por allí acertó á pasar;

Que al ver mecérse á la flor
Rica en esencia y en galas,
Brindándola con su amor,
En el lecho de verdor
Fué á plegar sus leves alas.

A la mañana siguiente
Giraba la mariposa

De flor en flor, impaciente
Por gozar alegremente
Sus placeres, veleidosa.

—
Y mientras tanto, la acacia
Marchitándose sufría
El peso de su desgracia,
Víctima de la falacia
De quien amor le ofrecía.

—
Aquella tarde murió
La infeliz abandonada:
Sus pétalos esparció
La brisa, y dando apenada
Un gemido murmuró:

—
«¿Que te valió la hermosura
Que perdiste con la calma?
Pasó como la ventura,
Que recuerdos y amargura
Tan solo deja en el alma.»

J. TEJON Y RODRIGUEZ.

Málaga y julio de 1853.

MARIETTA TINTORELLA.

Escrita en francés

POR Mde. **EUGENIA FOA**, Y TRADUCIDA AL
CASTELLANO POR ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

I.

La mujer del Tintorero.

En Venecia, cerca de Santa María Dell'Orta, por otro nombre, Ntra. Sra. del Jardín, que pertenecía en la época á que nos referimos (1575), á los canónigos regulares de San Ambrosio, veíase una casa, cuyo exterior, cubierto de grandes fajas encarnadas, verdes, azules y amarillas, indicaban la morada de un tintorero; mas ningún paño, ninguna tela colgada á las ventanas, atestaba la actividad de los obreros; y en el

interior, las calderas vueltas boca abajo y el silencio del laboratorio, decían que el comercio que sostenía los habitantes de la casa estaba paralizado largo tiempo hacia.

El día bajaba por momentos, y una brisa fresca reemplazó después de algunos instantes los ardientes calores del mes de agosto; una mujer anciana abrió la puerta del jardín y salió á respirar el aire fresco de la noche.

Apoyada sobre un bastón, se adelantó lentamente, al través de los árboles del vergel, examinando atentamente, y aun tocando con la mano que tenía libre, las hermosas frutas suspendidas en las ramas.

El ruido que hizo un hombre, que pasaba á su espalda, la hizo volver la cabeza:

—¿Eres tú, Jacobo? dijo la anciana: tu rostro está bastante alterado, ¿qué hay? ¿qué ha ocurrido?

—Hay... hay... que el día se acaba, y ya no veo, respondió aquel hombre rompiendo entre los dedos con despecho uno de los pequeños pinceles de que se sirven los pintores para estender las sombras.

—El día se acaba igualmente para todos, hijo mío, respondió la anciana con una voz dulce y tranquila.

—Sí, pero mi paleta estaba cargada, tenía que desleir los tonos de color de carne... de aquí á mañana se secarán... será preciso empezar de nuevo, oh! ¿qué oficio! ¿qué oficio!

—Y bien! volverás á empezar mañana tus tintes.

—Mis tintes! repitió bruscamente Jacobo: Vos creéis ser todavía la mujer del tintorero, como cuando existía mi padre. Madre mía, vos sois la madre de un pintor, señora Robusti, recordad lo que voy á deciros, madre del Tintoreto: la pintura y los tintes son dos cosas muy diferentes.

—No es tanta la diferencia, respondió la vieja sin conmoverse: la pintura y los tintes

se hacen siempre con colores, luego.....

—No hay diferencia! repitió Jacobo, reprimiendo un movimiento de impaciencia.

—He! yo sé bien lo que digo, la diferencia está solo en el modo de emplear los colores. Tu padre, mi pobre Robusti (que delante de Dios esté su alma), los hacia hervir en una caldera y mojaba en ellos las telas; tú lo estienes sobre el lienzo con tu pincel; pero de un modo ó de otro siempre son colores, y creo que no querrás enseñar á tu madre á conocerlos... á mí, hija, esposa y madre de un tintorero!... á mí, que ya he nacido en este oficio!

—Escuchad, madre mia, dejemos este asunto y hablemos un poco de mis hijos, dijo Jacobo sofocando un nuevo movimiento de impaciencia.

—Si, sí, hablemos de mi hermoso Dominiquino, de mi graciosa Marietta, dijo la pobre abuela, tomando el brazo de su hijo, y apoyándose en él con aire de satisfacción maternal.

—De vuestro pequeño y hermoso Dominiquino, un tunantillo de veinte años, mi discípulo y mi sucesor!... pero... lo confieso, él hace mi gloria, mi felicidad, dijo el artista levantando la cabeza con orgullo. ¡Qué pureza en el contorno! ¡qué brillante colorido! ha hecho lo que yo, ha tomado por divisa la inscripción que he hecho grabar en las paredes de mi taller. *El contorno de Miguel Angel, y el colorido del Ticiano*. Heredará mi talento con mi nombre en el porvenir, se confundirá el Tintoreto padre, con el Tintoreto hijo. ¿Habeis visto su último cuadro, madre mia? ¡el cuadro que le han encargado los canónigos regulares de San Ambrosio para su capilla de Santa María Dell'Orta?

—Como le habia de ver, respondió la señora Robusti, si no le veo á él: este chico no está nunca en casa.

—Madre mia, es porque está siempre en su taller.

—Entonces, ¿por qué cuando yo llamo á la puerta, ni me abre, ni me responde?

—Es que cuando un artista está trabajando nada vé, nada oye de cuanto pasa en rededor suyo. Yo apruebo esa mania de encerrarse con llave; es el modo de no ser interrumpido... ¡Mi Dominiquino me hará honor!... quisiera poder decir otro tanto de Marietta! añadió exhalando un suspiro doloroso.

—Marietta? Virgen Santa! ¿qué puedes reprochar á esa pobre niña?

—Muchas cosas, madre mia, muchas; sobre todas, una: yo habia decidido, que no teniendo mas que dos hijos, y queriendo consagrarlos ambos á las artes, uno aprenderia la pintura, y el otro la música. Dominico me ha obedecido, no tengo nada que reprocharle; mas ¡Marietta! ¡Marietta! ¿cuánto tiempo hace ya que no la he oido cantar, ni tocar la guitarra? decid, madre mia, decid. Y sin embargo, ella sabe muy bien cuánto alivia mis pesares su dulce voz... ¡esa jóven ingrata sabe muy bien cuánto me complace en oirla!

—Y bien; yo se lo diré, y la volverás á oír cantar. Pero Jacobo, no estés siempre así, con ese mal humor contra la naturaleza, contra el día que espira, contra el sol que nos presta su luz, contra mí, porque digo que la pintura y los tintes son un sombrero blanco, ó un blanco sombrero; contra esta pobre Marietta, que no canta porque quizá esta llena de pesar. En lugar de llamarle el Tintoreto, como te llama toda Venecia, yo te llamaré con el nombre con que te han bautizado los miembros de la municipalidad de San Roque: *Il Furioso*.

—¡Oh! exclamó el artista, ¿recordais bien eso, madre mia? Dios mio, yo me rio aun de la sorpresa de mis ribales con la

prueba sin réplica de mi admirable facilidad. Esa comunidad habia pedido algunos dibujos á Pablo el Veronés, á Salviati, á Federico Zuccheri y á mí, con la intencion de escoger los mejores; mi cuadro estaba ya concluido y colocado, cuando los demas no habian acabado aun sus perfiles.... qué triunfo! qué bello triunfo!

—Triunfo! sea; mas ya que tus hijos no están aquí, permíteme reprenderte un poco y hacerte una observacion bastante sencilla: Jacobo, ten la bondad de decirme ¿para qué sirve la pintura?

—¡El arte mas bello de cuantos existen, madre mia! ¡animar un lienzo, darle vida, poder recordar las facciones de un sér amado! ¡arrancar á la eternidad, al olvido, una imagen adorada!... ¿y me preguntáis para qué sirve la pintura?

—Yo te hablo como una mujer de su casa, y tú me respondes como un artista. Jacobo: tu pintura apenas nos basta para vivir, y es de lo que me quejo... los tintes de tu padre nos producian cien veces mas que tus pinceles, Jacobo.

—Déjemos eso, dijo el pintor con sequedad, yo no soy un comerciante.

—Y es de lo que yo me quejo, hijo mio, porque antes de todo es la existencia.

—Y qué! no podemos vivir? nos hace falta alguna cosa?

—No, pero ese es un secreto de Marietta, Jacobo; yo no sé qué hace esa niña para conservar el dinero; un ducado dura un mes en sus manos.

—Dónde está? dónde está, madre mia?

—Ha salido.

—Salido, á la hora de cenar! hé aquí uno de los pesares que me causa esa niña, yo no puedo velar sobre ella; os la habia confiado... y bien, dónde está?

—Tu hija no necesita de que velen sobre

ella, Jacobo; es un ángel, y los ángeles se guardan unos á otros.

La llegada de un nuevo personaje que apareció entonces sobre las gradas del jardín hizo callar á madre é hijo, y ambos salieron al encuentro de la persona que llegaba.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

GIMNASTICA.

Entre los diferentes ejercicios á que los niños se dedican en sus primeros años, en clase de juego ó recreo, ninguno mas útil é higiénico que la gimnástica, tanto mas, cuanto que está fundada en la misma naturaleza del hombre y tiende á su perfeccion física.

Muchos creen que la gimnástica es peculiar solo á los varones, y que es impropia para las niñas, pero es porque no ven en los ejercicios gimnásticos mas que brincos y pasatiempos pueriles, en vez de reconocer en ellos la base de la belleza, la robustez y la agilidad.

Reconocida por las naciones antiguas la utilidad de la gimnástica aplicada á la educacion, segun nos lo prueban el Circo y el Campo de Marte en Grecia y Roma, fuera necesidad negársela ahora, y esta es la razon por la cual en el siglo presente se le ha dado la consideracion que se merecia, estableciéndola hasta en las escuelas: en Francia, con particularidad, forma parte de la educacion de las niñas, y si bien los ejercicios á que éstas se dedican no son tan violentos como los de los niños, porque su constitucion física lo exige así, no por eso dejan de producir resultados admirables.

En la parte higiénica, la gimnástica no es menos útil, sirve para corregir defectos físicos, robustecer determinadas partes del cuerpo enfermas, y aun para disipar cierta clase de humores. Los ejercicios que especialmente se aplican como método curativo son los llamados *calistécnicos*, cuya introducción en España debemos sin duda á la célebre profesora de esgrima y de dichos ejercicios, doña Teresa Castellanos de Mesa; pero las preocupaciones de que todavía es presa nuestra nación, respecto á ciertos adelantos admitidos por los extranjeros, no han permitido que se generalizase este método, que trató de plantear en esta corte dicha señora, después haberlo ensayado con los mas felices resultados en el Colegio de señoritas de Leganés.

Un escritor contemporáneo, hablando de la gimnástica, dice: « Los principios en que se fundan los métodos gimnásticos exigen para su ventajosa aplicación el conocimiento preliminar del carácter de los niños, que se aprecien bien las facultades físicas y morales que ya poseen para que puedan desde luego dirigirse los primeros ejercicios á aumentar las que existen, y á corregir los vicios. Los ejercicios primeros y los sucesivos han de tender en suma á dar al niño todo su poderío, á sacar todo el partido que promete su superior organización, siempre de modo que se desarrollen á la vez la actividad física y la moral, que se sostenga el equilibrio entre las fuerzas brutas y las fuerzas espirituales. » No hay sexo, edad, ni constitución esculidas de un gimnasio basado en tales principios.

Estas reflexiones, y otras muchas que fácilmente se deducen de cuanto dejo dicho, debieran llamar la atención de las madres respecto á sus hijas, y especialmente á las directoras de colegios de educación, á fin de plantear clases de gimnástica y propor-

cionar á las niñas el medio de remediar deformidades, de corregir direcciones viciosas, de convertir en robustez y fortaleza las debilidades del cuerpo, de presentar, en fin, al sexo que se califica á la vez de hermoso y débil, con la belleza que le es propia en todo su esplendor, y sin la debilidad que se le echa en cara.

E. de Tamarit.

MODAS.

Qué podríamos decir de la Moda, amables lectoras? Esta indolente coqueta nada crea, nada inventa: ni una novedad en el corte de un vestido, ni la mas pequeña variación en la forma de un sombrero. La Moda de Estío proclamó ya lo que ha de regir en la Canícula, y es preciso aguardar á que la de Otoño dicte sus nuevos caprichos. Entretanto la industria, esta hermana de la Moda, y que tiene de útil cuanto aquella de peligrosa, se ocupa incesantemente en preparar novedades á cual mas lindas y graciosas.

Los plumistas, por ejemplo, preparan nuevas creaciones mas vaporosas y elegantes que las conocidas, porque el verdadero artista perfecciona cada dia sus obras.—Cómo serán las plumas nuevas? nos preguntareis. Aguardad, lectoras impacientes, á que las primeras escarchas marchiten las flores, y á que las secas y amarillentas hojas, arrastradas por el viento caigan á la tierra, y entonces os revelaremos maravillas que producirán una sensación universal.

Porque nada hay tan suave, ni tan poético como una pluma, que onduleando se dobla con estremitas de marabut: las plumas convienen á los trajes de etiqueta; una recién casada no puede dignamente volver las visitas de boda sin su sombrero con plumas.

No por eso escluimos las flores del dominio de la elegancia. ¡Quién podría decir mal de las flores, la mas pura y bella creacion de la naturaleza! Ademas, las flores están ahora en el apogeo de la gloria, en la plenitud de sus triunfos; y luego se entienden tan bien con la paja, como que ambas son esencialmente campesinas y aldeanas. ¿Pero acaso es paja la de nuestros sombreros? Si y no.

Los sombreros no lo son ya: son mas bien adornos. En lugar de una paja lisa y amarilla se han inventado blondas de paja, cintas festoneadas, rizados, tiras escocesas, todo de paja, y que las modistas tienen que intercalar con follados y bieses de tafetan y gasa para obtener un adorno que tenga la forma de un sombrero. Solo la aristocrática paja de Italia es la que no ha doblado la cerviz á las metamorfosis del capricho.

En cuanto á trajes nos remitimos al figurin que acompaña.

Aurora.

Explicacion del Figurin.

Fig. 1.ª Vestido de popelina gris-perla. Cuerpo de muselina lisa de la India con lazos de cinta escocesa: es alto, cerrado y fruncido por delante, en el hombro y en la cintura: la espalda lisa, fruncida solamente en el talle: un encaje forma el cuello. La manga, casi ajustada en la parte superior, va ensanchando hasta el antebrazo; sujeta con tres puños lisos forma dos huecos: desde el antebrazo va ajustada, y termina por un encaje, que cae sobre la mano. La falda ancha y bastante larga, va guarnecida por nueve lazos de cinta escocesa.

Fig. 2.ª Vestido de fular, color de moda, floreado de ramos grandes: el cuerpo

alto por detrás y fruncido en el talle, va abierto por delante en forma cuadrada: una cinta correspondiente, con rizado menudo guarnece la abertura del cuerpo. La manga, á lo *Ana de Austria*, se compone de la de debajo, que es de tafetan blanco, cortada al hilo, ajustada en la parte superior y en el puño, y de la de encima, que es, como se supone, de la tela del vestido, cortada tambien al hilo, un poco ancha, y que no haya mas que al medio del antebrazo; va abierta en todo su largo, guarnecida del mismo rizado de cinta, y sujeta con dos lazos, que forman una abertura, por donde sale la interior de tafetan.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Receta para limpiar alhajas.

Cuanto mas finas son las alhajas, mayor cuidado exigen para su conservacion y limpieza; por manera que, aun cuando se tengan guardadas en estuches y cubiertas de algodon, mas ó menos tarde se empañarán por consecuencia de la cantidad de liga que entra en la composicion de los metales.

Para volverles el brillo que hayan perdido, basta meterlas en agua hirviendo, en la cual se haya puesto antes un poco de sal amoniaco, y secarlas bien; cuando haya diamantes ú otras piedras, conviene formar un retorcido delgado de carton para limpiar los intersticios de las piedras, y tanto éstas como los diges de oro ú acero, deben preservarse lo posible de la humedad, cuidando de limpiarlas con un pedazo de piel, pasándolo por la parte de la borra. Las piezas de acero se limpian con la misma piel y aceite de olivas, mezclado con hollin tamizado.



LE MONITEUR DE LA MODE

*Modes d'Alexandrie. Coiffette de M^{me} Lawrence rue Richelieu. 62. Plumes et Fleurs de S. Berrot Petit et C^{ie}.
rue de la Bourse. 12. Mouchoir de Chapron rue de la Paix. 7. Parfums de Bogrand Breveté par S. M. L'Empereur.
à S. Hon^{oré} 319 — Closses des Villes de France Bijoux en Cheveux de Lemouliet et C^{ie} Rue du Coy S. Hon^{oré} 9.*

Paris, Rue Richelieu. 92.

LONDON at the Monitor Office, 25, Creek Street Soho. ST PETERSBOURG. F. A. Belliard et C^{ie} NEW-YORK, E. B. Strong et Bonté





BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID